

La lectura orante de la Palabra de Dios: la “lectio divina”

1. Introducción

1.1. Eficacia de la Palabra de Dios

+ “Así como la lluvia y la nieve descienden del cielo y no vuelven a él sin haber empapado la tierra, sin haberla fecundado y hecho germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así sucede con **la Palabra que sale de mi boca**: ella **no vuelve a mí estéril**, sino que **realiza todo lo que yo quiero** y cumple la misión que yo le encomendé.” (Isaías 55,10-11).

+ “Entonces Jesús **fue llevado por el Espíritu** al desierto, para ser tentado por el demonio. Después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, sintió hambre. Y el tentador, acercándose, le dijo: «Si tú eres Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes». Jesús le respondió: «Está escrito: **"No sólo de pan vive el hombre, sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios"**».” (Mateo 4,1-4).¹

+ “**El sembrador siembra la Palabra... Y los que reciben la semilla** en tierra buena, son los que escuchan la Palabra, la aceptan y **dan fruto** al treinta, al sesenta y al ciento por uno”. (Marcos 4,14.20).

+ “Y decía: «El Reino de Dios es como un hombre que echa **la semilla** en la tierra: sea que duerma o se levante, de noche y de día, la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra **produce por sí misma (autómatos)** primero un tallo, luego una espiga, y al fin grano abundante en la espiga. Cuando el fruto está a punto, él aplica en seguida la hoz, porque ha llegado el tiempo de la cosecha».” (Marcos 4,26-29).

+ “Nosotros, por nuestra parte, no cesamos de dar gracias a Dios, porque cuando recibieron la Palabra que les predicamos, ustedes la aceptaron no como palabra humana, sino **como lo que es realmente**, como **Palabra de Dios, que actúa (energéo) en ustedes, los que creen.**” (1ª Tesalonicenses 2,13).

+ “Porque **la Palabra de Dios es viva (zoé) y eficaz (energés)**, y más cortante que cualquier espada de doble filo: ella **penetra hasta la división del alma y del espíritu**, de las articulaciones y de la médula, **y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón**. Ninguna cosa creada escapa a su vista, sino que todo está desnudo y descubierto a los ojos de aquel a quien debemos rendir cuentas.” (Hebreos 4,12-13).²

+ “...**renacidos**, no de semilla corruptible, sino incorruptible, **por la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre**” (1ª Pedro 1,23).

+ “reciban con docilidad **la Palabra** sembrada en ustedes, **que es capaz de salvar sus vidas**” (Santiago 1,21).

+ “Al principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Al principio estaba junto a Dios. Todas las cosas fueron hechas por medio de la Palabra y sin ella no se hizo nada de todo lo que existe. En ella estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres... A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad (*exousía*) de ser hechos hijos de Dios... Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros... Nadie ha visto jamás a Dios; el que lo ha contado (*exegéomai*) es el Hijo único, que es Dios, y está en el seno del Padre.” (Juan 1,1-4.14.18).

¹ En las dos tentaciones siguientes, Jesús también rechaza al maligno con textos de la Escritura (en los tres casos son textos del Deuteronomio). Los monjes, desde antiguo, tomaron nota de esto y por eso “rumiaban” la Palabra de Dios, para tener armas para rechazar la tentación...

² En el Evangelio según San Juan la palabra *zoé* se usa para la vida sobrenatural que nos viene de la Trinidad (distinta de la *psijé*, la vida natural). Y se dice que “el Espíritu es el que da la vida” (6,63; en griego: *zoopoiéo*); esta palabra la toma el concilio de Constantinopla I (año 381) para decir que “El Espíritu es Señor y Dador de Vida”.

1.2. La Palabra y el Espíritu

+ “Cuando llegó el día de **Pentecostés**, estaban todos unánimes en un mismo lugar, y de repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso que llenó toda la casa donde estaban sentados. Se les aparecieron **lenguas como de fuego** que, repartiéndose, se posaron sobre cada uno de ellos; **se llenaron todos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en diversas lenguas**, según el Espíritu les concedía expresarse...” (Hechos 2,1-4).

+ “Acabada su **oración**, retembló el lugar donde estaban reunidos, y **todos quedaron llenos del Espíritu Santo y proclamaban la palabra de Dios con valentía (*parresía*)**” (Hechos 4,31).

+ “Estaba Pedro diciendo estas cosas cuando **el Espíritu Santo cayó sobre todos los que escuchaban la Palabra**” (Hechos 10,44).

+ “**Mi palabra** y mi predicación no se apoyaban en persuasivos discursos de sabiduría, sino en la **demonstración del Espíritu y de su poder (*dýnamis*)**” (1ª Corintios 2,4).

+ “...también ustedes, **después de escuchar la Palabra de la verdad**, el evangelio de su salvación, y habiendo creído, **fueron sellados en Él con el Espíritu Santo** de la promesa” (Efesios 1,13).

+ “Tomen también el casco de la salvación, y **la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios**” (Efesios 6,17).

+ “Y ustedes llegaron a ser imitadores de nosotros y del Señor, **habiendo recibido la Palabra, en medio de mucha tribulación, con el gozo del Espíritu Santo**” (1ª Tesalonicenses 1,6).

1.3. La fe de la Iglesia en la Palabra de Dios

+ “La santa madre Iglesia... reconoce que todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento... **tienen a Dios como autor...**” (DV 11, cf. CCE 105).

+ “**En los libros sagrados, el Padre que está en los cielos sale amorosamente al encuentro de sus hijos, para conversar con ellos.**” (DV 21; cf. CCE 104).

+ “Dios, que habita una luz inaccesible (1 Tm 6, 16), **quiere comunicar su propia vida divina** a los hombres libremente creados por él, para hacer de ellos, en su Hijo único, hijos adoptivos (cf Ef 1, 4-5). Al revelarse a sí mismo, Dios quiere hacer a los hombres capaces de responderle, de conocerle y de amarle más allá de lo que ellos serían capaces por sus propias fuerzas.” (CCE 52).

Estas frases de la misma Biblia y del Magisterio de la Iglesia sobre la Palabra de Dios nos orientan hacia los fundamentos teológicos que tiene el método de oración llamado *lectio divina*.

Los antiguos monjes hablaban de “**leer a Dios**”, “**arte de estudiar el corazón de Dios**”, del mismo modo en que se lee una carta de un amigo muy querido, en la que se nos revela su corazón. Por eso también llamaban a la Biblia “el Libro de los buscadores de Dios” (= “**Teófilo**”: Cf. Lc 1 y Hch 1).

Básicamente, la *lectio* es un diálogo viviente entre Dios y el hombre, diálogo en el cual Dios toma la iniciativa, al revelarnos su interioridad. Y aquí entran a jugar todos los elementos de un **diálogo de amor que busca el encuentro**: cuando Dios nos abre su corazón se arriesga a que su amor quede no correspondido, a que lo tratemos con indiferencia, a que le respondamos con reservas...

Santa Teresa decía que “de todo tienen, los que tienen oración”, en el sentido que el camino de la oración, de la búsqueda y encuentro con Dios, tiene suspenso, aventura, acción, drama... y hasta sus momentos de comedia. Y **la *lectio* es como el modo más natural, más obvio, de iniciar el diálogo de la oración**: escuchando la Palabra de Dios, para luego ir respondiendo con la oración y con la vida.

De este modo **la *lectio divina* se integra en el mundo de relaciones interpersonales en las cuales nacemos y vivimos**: relación con Dios, con los hermanos, con la creación. La oración no es un encapsularse en sí mismo mirándose el ombligo; no es un ejercicio psicológico de concentración: la oración es la apertura al conjunto de la realidad viviente y palpitante, vista con los ojos de la fe, impulsados por la energía de la esperanza, comprometidos en la entrega del amor.

Pues **la Palabra de Dios es una de las “encarnaciones”** de Dios y, cronológicamente fue la primera; luego siguieron la encarnación del Hijo, la Iglesia, la Eucaristía... Por eso, la fe de la Iglesia dice que: “Porque las palabras de Dios expresadas con lenguas humanas se han hecho semejantes al habla humana, **como en otro tiempo el Verbo del Padre Eterno, tomada la carne de la debilidad humana, se hizo semejante a los hombres**” (DV 13).

Jesús	Iglesia	Palabra	Sacramentos
Verdadero Dios	Comunidad mística	Palabra de Dios	Gracia invisible
y verdadero hombre	e institución visible	en lenguas humanas	mediante elementos visibles

1. El movimiento interno de la *lectio divina*.

En la *lectio* se desarrolla un diálogo. Y todo diálogo está tejido de diversos momentos: escucha, comprensión, respuesta, silencio... Con el paso del tiempo, le experiencia de la *lectio divina* se fue estableciendo en **fórmulas didácticas, para enseñar a los principiantes.** Es clásica la formulación de Guigo II, prior de la Gran Cartuja, que comprende cuatro elementos, los cuales no deben ser entendidos como “etapas” -si bien hay una progresividad en ellos- sino como aspectos diversos de un mismo movimiento. Cualquiera sabe que **no se puede “programar” un diálogo de amor.**

1) Lectura: es el momento de la escucha, haciendo silencio en el corazón para captar lo que Dios quiere decir, del modo como Él quiere decirlo. Hay que estar atento para captar los matices, a veces delicados, que tienen sus palabras. Más abajo pondré algunos elementos-guía para hacer más fructífera la lectura.

2) Meditación: aquí profundizamos en el sentido de su Palabra, y vemos que implicancias tiene para nuestra vida concreta, aquí y ahora.

3) Oración: respondemos con nuestra palabra a la Palabra que Dios nos ha dirigido, estableciendo un diálogo de corazón a corazón.

La diferencia fundamental entre meditación y oración es que en la meditación reflexionamos sobre algo, mientras que en la oración dialogamos con alguien.

4) Contemplación: hay como **dos “niveles”** principales en la contemplación. El primer nivel suele llamarse “contemplación activa”: es como el silencio del amor, cuando ya sobran las palabras y con sólo mirarse a los ojos, se dicen mil cosas en un instante. El nivel superior suele denominarse “contemplación pasiva”, es el momento del éxtasis, cuando el amor enciende la fe hasta tal punto, que puede atisbarse algo de lo que esperamos.³

Algunos autores contemporáneos agregan algunos elementos más, con el fin de destacar la repercusión de la *lectio divina* en la vida cotidiana. Estos elementos son:

5) Discernimiento: a la luz de la Palabra, y en el clima del diálogo con Dios, tratar de percibir los “caminos de Dios” para nuestra vida.

6) Decisión: habiendo clarificado los “deseos del Espíritu” para con nosotros, determinarse a seguirlos.

7) Acción: concretar en la vida aquello que contemplamos en la oración. Explicitar estos elementos tiene la ventaja de ayudar a la integración de la oración y la acción, si bien hay que decir que en la formulación clásica de cuatro aspectos, los dos primeros elementos citados aquí se consideraban implicados en el momento de la meditación y, en cuanto al tercero, los monjes siempre suponen que la verdadera oración se deriva en acción.

2. Algunos aspectos concretos a tener en cuenta al hacer la lectura.

Históricamente se han dado **dos modos de acercamiento a la Escritura:** el modo orante de los contemplativos y el modo científico de los exégetas. Personalmente, estoy convencido de que estos dos **modos no sólo no se oponen sino que se enriquecen mutuamente.**

Pues, **por una parte, la oración no es sólo un sentimiento,** y por otra parte, Dios nos ha hablado, **no para que nos quedemos en el análisis sintáctico de sus frases, sino para llamarnos a vivir en comunión con Él.** Cualquiera de estos dos extremos lesiona una verdadera comunicación. El primer extremo es parecido a un enamorado que sólo se fijase en lo que él siente, sin atender realmente a las palabras de su novia -palabras que revelan lo que hay en el corazón de ella-; y en el otro extremo,

³ Hablar aquí de “pasividad” puede ser mal entendido: hay pasividad en el sentido que ya no es uno el que conduce, sino que es conducido por Dios a alturas insospechadas (cf. por ejemplo lo que cuenta San Pablo en 2Co 12,1-6). Pero no hay pasividad en el sentido que “no pase nada”, sino todo lo contrario: se trata de la suprema actividad vital que pueda experimentar un ser humano, en este mundo.

tendríamos un novio que al recibir una carta de su amada, se limitara a subrayar sujeto, predicado, verbo y modificadores...

No obstante podemos pensar en **un novio tan enamorado, que al recibir una carta de su novia, la lea y relea muchas veces, para captar mejor lo que su amada le dice**. Y si suponemos -para mejorar el ejemplo- que **su novia es de otro país y escribe en otro idioma**, sería un **acto de amor** (que mejoraría su comunicación), **si él aprende ese idioma** para entender mejor los matices de lo que ella le dice. Ahora bien, como Dios nos ha hablado con palabras que tienen su contexto histórico, lingüístico, social, etc. es un acto de amor que nosotros nos preocupemos por escucharlo bien, tratando de captar con fidelidad lo que Él nos quiere comunicar. Esto es lo que justifica que la lectura, que debe conducirnos al diálogo de la oración, sea hecha con precisión.⁴

Dicho esto, paso a comentar algunas indicaciones prácticas que ayudan a la lectura.

En primer lugar conviene ver **el contexto** en que se ubica el texto que vamos a leer. Esta ubicación es un mensaje en sí mismo. Podemos distinguir tres tipos de contexto:

1) Contexto mayor: es decir, la sección del libro en que se ubica nuestro texto. Para esto suelen ayudar los títulos que van segmentando cada libro (como en la “Biblia de Jerusalén”), como las introducciones a cada gran sección que trae el “Libro del Pueblo de Dios”.

2) Contexto menor: es decir, los textos que están inmediatamente antes y después del texto elegido. Por ejemplo: el relato de Marta y María (Lc 10, 38-42) se encuentra entre la parábola del buen samaritano y la enseñanza del “Padre nuestro” por parte de Jesús. Esto es muy iluminador: el servicio de Marta representa el ministerio del amor al hermano que se relata en la parábola anterior; y la vocación de María de Betania es el inicio de la vida contemplativa en la Iglesia, en una dedicación total de amor al Señor, en la escucha de su Palabra y en la respuesta de la oración.

3) Contexto temático: existe cuando un texto se vincula con otros, dentro del mismo evangelio, por tratar el mismo tema; y comparar estos textos entre sí, es iluminador. Por ejemplo: tenemos tres anuncios de la Pasión en los Sinópticos; tenemos dos multiplicaciones de los panes en Mt y Mc; y también se vinculan entre sí los siete milagros que trae Jn.

4) Contexto litúrgico: es importante, sobre todo en los “tiempos fuertes” de la liturgia, ver en que día o fiesta se lee determinado texto. Por ejemplo: no es indiferente que en Viernes Santo se lea siempre, sin excepción y como texto fijo, la Pasión según San Juan. Y en esa misma Semana Santa, entre el Lunes y el Viernes Santo (salvo el Jueves) se leen como primera lectura los cuatro “cánticos del Servidor del Señor” de Isaías.

Después de haber establecido estos contextos, pasamos a fijarnos en **el texto** mismo que hemos elegido. A veces conviene, si se quiere ver las cosas con un poco más de detalle, transcribirlo en una hoja, poniendo una frase simple en cada renglón (un sólo verbo o dos verbos que estén coordinados). Los elementos a los que conviene atender son los siguientes:

1) la estructura del texto: en los *relatos* la estructura habitual es “comienzo, desarrollo, nudo y desenlace”. Y el desenlace puede ser “cómico” o “trágico”, es decir, acabar en una situación mejor o peor que la situación inicial.

Los *discursos* y los *textos poéticos* tienen estructura variable, que con la práctica uno va identificando.⁵

2) personas que intervienen en la situación: son las que dan los puntos de referencia personales que van tejiendo la historia que se van desplegando ante nuestros ojos. Conviene ir viendo cómo cada una va actuando y ejerciendo su libertad. Y a veces es muy interesante ver qué hubiera pasado si la actitud de una persona hubiera sido diferente: si el “joven rico” (Mt 19,16ss) hubiese tenido más valor, quizás hoy lo recordáramos como uno de los Doce Apóstoles.

3) palabras clave: son las que establecen el núcleo de sentido del texto. Puede ser una sola palabra, varias palabras dispersas o una frase.

4) contexto del vocabulario: ver en qué otros lugares del mismo libro (o de la Biblia) aparecen las palabras que están en nuestro texto. Esto nos muestra el perfil preciso que cada palabra tiene.

5) pasajes paralelos: si se trata de los Evangelios, conviene comparar la versión que cada evangelista presenta sobre la misma escena, pues de este modo se iluminan los detalles de cada presentación.

6) imágenes utilizadas: los símbolos -junto con los conceptos- son las herramientas básicas de nuestro lenguaje. A diferencia del concepto, el símbolo es menos preciso, pero es más sugerente. Por eso es especialmente apto para hablar de realidades sublimes, que difícilmente se dejan encerrar en

⁴ En el caso que uno tuviera el tiempo y el don, es muy útil aprender las lenguas bíblicas, sobre todo el griego, en que está escrito el Nuevo Testamento. Se ven muchos matices que a veces las traducciones no reflejan. Si uno no puede aprender estos idiomas, no hay por qué lamentarse: están los comentarios de los especialistas -que tienen el tiempo y el don- y, sobre todo, está el Espíritu Santo que “nos guía hacia la Verdad completa” (Jn 16,13).

⁵ Textos poéticos son tanto los salmos, como los cánticos; estos últimos también presentes en el Nuevo Testamento.

conceptos “claros y distintos”. Un ejemplo contundente es el Evangelio según San Juan, quien utiliza constantemente símbolos que nos remiten a una realidad ulterior.

7) relación con libros o pasajes anteriores: la relación de Dios con el hombre ha tejido una historia de milenios. Y hay situaciones que se van enriqueciendo a lo largo de esta historia. Por eso es importante ver la dimensión “diacrónica”, es decir, ver la historia en movimiento, apreciar el crecimiento de la relación, distinguiendo en qué momento se van agregando los elementos que profundizan la relación.

Vuelvo al ejemplo de las relaciones interpersonales humanas para ilustrar mejor lo que quiero decir. Supongamos que nosotros conocemos hoy una matrimonio que tiene diez años de casados. Nosotros los encontramos en este momento de su vida, y los vemos ahora como matrimonio ya constituido. Pero ellos no ven así su propia historia: ellos recuerdan el día en que se vieron por primera vez, recuerdan el momento de su primer beso, recuerdan las situaciones que los fueron llevando a estar cada vez más unidos, a casarse... En una palabra: ellos ven su propia historia desplegada a lo largo del tiempo, donde cada detalle tiene sentido dentro del conjunto de una historia; nosotros, en cambio, sólo estamos viendo un momento puntual. Y evidentemente nuestra perspectiva es mucho menos rica que la de ellos.

Ahora bien, con la Escritura pasa lo mismo, pues **cada momento de la historia de salvación se integra en un larga línea de tiempo que le da sentido**. Por ejemplo: la escena de la Transfiguración de Jesús se ilumina con mayor sentido si nos damos cuenta que está en relación con:

- la escena de su Bautismo en el Jordán (en el pasado, dentro del mismo Evangelio).
- la escena de Moisés en la cumbre del Sinaí (en el pasado, en el AT).
- el momento de su Resurrección (en el futuro, dentro del mismo Evangelio).
- el momento de la transfiguración final de toda la Creación, al final de los tiempos.

3. Características de la “*lectio divina*”.

1) Lectura creyente: la actitud fundamental de la “*lectio*” es la convicción de fe, que nos manifiesta que Dios es el autor principal de la Escritura,⁶ y que Él dispuso que la Biblia existiera como uno de los medios para poder comunicarse con nosotros en un diálogo interpersonal. Sabemos que el mismo Espíritu Santo que inspiró a los autores sagrados, también nos inspira a nosotros cuando nos acercamos a la Palabra.

2) Lectura personal: Dios se dirige a mí, con su Palabra, para establecer una comunión de amor y de vida. Su interpelación es personal, mi respuesta también: libertades en juego -la de Dios y la mía- que van tejiendo un diálogo, una historia.

3) Lectura eclesial: este aspecto corrige el posible riesgo de subjetivismo en que se podría caer si se acentúa unilateralmente el aspecto anterior. Siempre hay que recordar *que la Escritura nace en el seno del Pueblo de Dios*, que es como su humus y su ambiente propio, y es en este ambiente donde hay que leerla si no queremos desvirtuar su sentido.

Por otra parte, cada uno de nosotros, aunque estemos orando en soledad, seguimos siendo *miembros del Cuerpo de Jesús* que es la Iglesia, y leemos *animados por el Espíritu Santo*, que es como el alma de la Iglesia toda.

Además, hay un elemento eclesial muy rico en la *mediación humana que hacen los autores y las personas que se han comprometido en la historia de salvación*, y que vamos conociendo al leer los libros: vamos conociendo a Abraham, a Moisés, a David, a Elías, a María, a José, a Lucas, a Juan... Y vamos reconociendo las dificultades que ellos vivieron en su camino hacia Dios, dificultades que muchas veces se parecen a las nuestras. Pues **no se trata de “personajes”**, sino de personas reales que vivieron una vida real, en fe y amor.

4) Lectura que conduce al encuentro: si bien intentamos que nuestra lectura sea exacta, esta exactitud está en función del encuentro interpersonal: el objetivo es entender el corazón de Dios, encontramos con el de corazón a corazón. Por eso es una lectura llena de gratuidad, pues no leemos para escribir luego un libro, o tomar notas, ni nada. **Leemos para estar con Dios**. Y si para esto nos basta con leer un sólo versículo ¡bendito sea Dios! En el fondo, la *lectio divina* (como toda verdadera oración) es un asunto de amor. Y como decía San Bernardo, el amor es un fin en sí mismo: “Amo porque amo, amo por amar”.

5) Lectura perseverante: toda relación interpersonal -si es que nos importa realmente- nos llevará tiempo. Conocerse mutuamente es algo que se cultiva con unos ritmos que muchas veces son lentos y delicados, y que no tienen nada que ver con la onda “*fast and ligh*”. Si uno quiere vivir relaciones interpersonales profundas y ricas tiene que comprometer su amor en el tiempo. Y al amor

⁶ Hablamos de Dios como el “autor principal”, pues también son “autores secundarios” los hombres que intervinieron en la composición de los libros sagrados. Estos hombres son “autores” porque comprometieron sus dones y su actividad libre en la composición de estos libros; son “secundarios” porque escribieron “todo y sólo” lo que Dios quería (DV 11).

que se sostiene en el tiempo se llama fidelidad. No es una realidad que se aprecie mucho hoy en día. Incluso algunos dicen que es algo anticuado. A mí no me engañan con esos argumentos: hace 2500 años también los sofistas le decían a Sócrates que su ética de la nobleza del corazón era anticuada. La cuestión no pasa por “lo antiguo o lo moderno”, sino por lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, lo humano y lo inhumano. Y una relación interpersonal en la que no hay fidelidad, inevitablemente lleva a algún tipo de muerte: desde los crímenes pasionales hasta esa muerte silenciosa que sufre un corazón traicionado, al cual le costará mucho volver a confiar, volver a amar.

También en la relación con Dios es necesaria la fidelidad, de lo contrario no llegaremos a nada realmente rico y profundo para nuestra vida. Y hay que saber que para llegar a los momentos gloriosos del amor, hay que abandonar los momentos gozosos de los inicios, y atreverse a pasar por los momentos dolorosos de la sequedad y de la ausencia, donde el amor se profundiza y la fidelidad se aquilata. Es la “ley de la Pascua” que vemos en la vida de Jesús, y que recorremos en el rosario. Es la “puerta estrecha” que lleva a la vida.

Conclusión.

Dos frases finales de dos Padres de la Iglesia que se dedicaron mucho a la Biblia, una frase en relación a Jesús y la otra al Espíritu Paráclito:

– «*Ignorado scripturarum, ignorado Christi est*»: **no conocer las Escrituras es no conocer a Cristo**” (San Jerónimo; Cf. DV 25).

– **Dios habla «a veces por la Escritura, a veces por una inspiración secreta»** pero la Escritura es el criterio de verdad (San Gregorio Magno).⁷

Se podrían decir muchas más cosas acerca de la *lectio divina* como camino de oración para llegar a Dios. Estos elementos que les ofrezco son indicativos, más bien que exhaustivos. Pero creo que servirán para iniciar el camino. **Lo más importante es captar que, como toda relación interpersonal, la relación con Dios se cultiva y se acrecienta actuándola**, y no sólo reflexionando sobre ella. Los monjes antiguos decían: “Quédate en tu ermita y tu ermita te lo enseñará todo”. No es que una ermita enseñe algo, sino que si uno permanece en la actitud orante –que la ermita propicia– irá aprendiendo todo en la misma relación con Dios.

No obstante, los católicos no menospreciamos la ayuda de los hermanos que tienen mayor experiencia. Si alguien quiere profundizar en el tema de la *lectio* le sugiero leer:

GABRIEL A. MESTRE, *Orar con la Palabra de Dios. La “lectio divina” al alcance de todos*, Conferencia Episcopal Argentina, Buenos Aires, 2003.

GARCÍA M. COLOMBÁS, *La lectura de Dios. Aproximación a la lectio divina*, Ediciones Monte Casino, Zamora, 1986.

INNOCENZO GARGANO, *Iniciación a la “Lectio Divina”*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid, 1996.

ROBERTO MERCIER, *Lectio divina y espiritualidad bíblica*, CELAM, Bogotá, 1997.

Jorge Fazzari 2024

⁷ “Claro que Dios no se ha quedado aprisionado en la Biblia. Dios es un Dios vivo que habla «a veces por la Escritura, a veces por una inspiración secreta». Pero la norma de toda «inspiración secreta» es la Biblia. «Se cae fácilmente en el error si no se sabe confrontar lo que se ha recogido en la contemplación secreta con la eminente verdad de la Escritura Santa». Hasta aquí san Gregorio Magno.” Citado por Colombás, p. 22.